

CRITICA LITERARIA

Fotogramas de la destrucción

Manuel Silva Acevedo, Palos de Ciego, Concepción. Ediciones LAR, 1986. 61 páginas.

Hacia fines de junio de 1973, apareció en México Poesía joven de Chile, antología preparada por Jaime Quezada. Por razones extraliterarias —septiembre y sus consecuencias— el libro prácticamente no circuló en el país. No obstante, la edición se agotó al poco tiempo, muestra del interés que siempre ha despertado la poesía chilena en el resto de América Latina.

Entre los diez poetas seleccionados figuraba Manuel Silva Acevedo que, por estos días, celebra el vigésimo año de la aparición de su primer poemario, Perturbaciones. Cinco más han seguido, entre los que se destaca Lobos y ovejas, escrito a comienzos de los setenta y publicado en 1976.

Soterrada violencia

Premonitorio se ha considerado este libro —la historia así lo quiso—, y vale la pena reproducir uno de los poemas como señal: "Yo, la oveja soñadora, / pacía entre las nubes / Pero un día la loba me tragó / Y yo, estúpida cordera, / conocí entonces la noche / la verdadera noche / Y allí en la tiniebla / de su entraña de loba / me sentí malo de repente".

La soterrada violencia —¿de la historia habría que decir?— también contamina el lenguaje de Palos de ciego, el reciente libro de Manuel Silva Acevedo.

Integrado por innominados

poemas, breves en su mayoría, el libro está dividido en dos partes. La primera tiene como tema la mujer, las dudas, mejor dicho, que siente el hablante en su relación con ella. Rechazo por momentos, y a la vez su imprescindible presencia. Así lo constata: "La vida es una ilusión / Lo único cierto es el cuerpo femenino / con sus volubles formas planetarias / en cuyas órbitas damos vueltas y más vueltas / Puede que la tierra no nos trague todavía / pero una mujer puede tragarnos para siempre... Tienen las llaves del mundo / Pueden abrir y cerrar todas las puertas / con sólo dejar los senos a la vista".

En un atolladero

El sujeto de estos poemas se siente, lo confiesa, en un atolladero. Y es posible que en esta situación la única manera de relacionarse sea la agresión constante. En otras palabras, no hay un sentimiento amoroso que se sostenga, si un enfrentamiento cargado de desconfianza: "Un inofensivo intercambio de miradas / puede desatar la reacción en cadena / la desintegración total de la materia / Bailamos al filo de la medianoche / Danzamos sobre un campo minado / besaría su boca con pasión brutal / pero el riesgo es incalculable."

El lenguaje está traspasado, en éste como en otros poemas, por imágenes de destrucción, violen-

cia, bélica en muchos casos. Es la manera de comunicar un mundo ya no deseado por el hablante, porque es un mundo impuesto, no elegido.

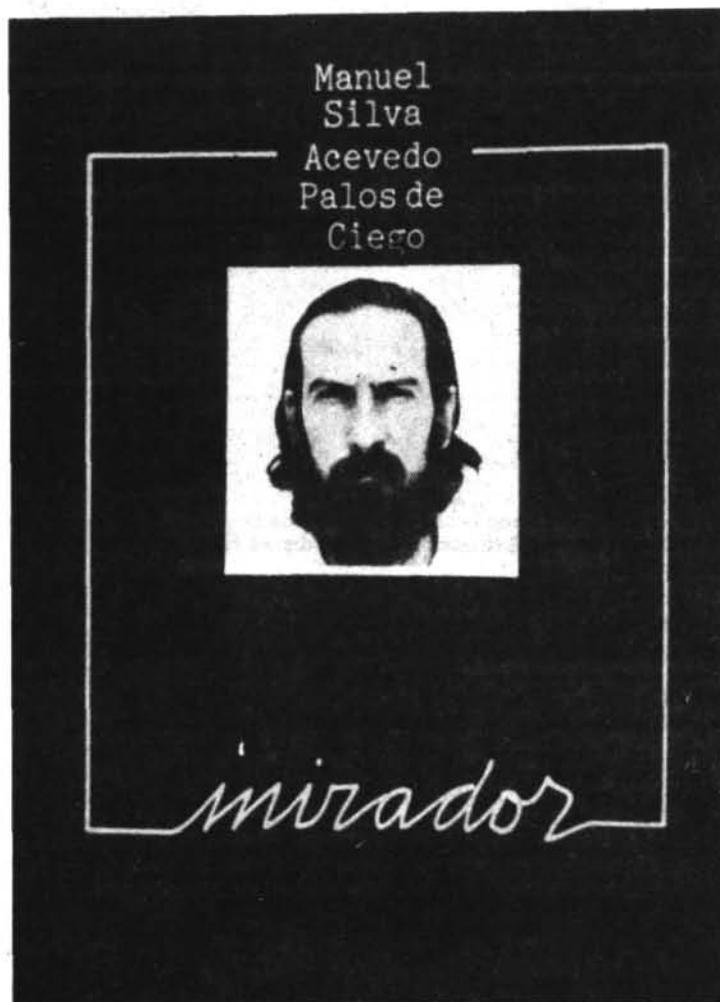
Golpes de puño

Esta visión de tono casi apocalíptico se hace más evidente en la segunda parte de Palos de ciego. La primera persona desaparece por momentos, dando paso a una tercera que, de alguna manera, objetiva el mundo. Dice el primer poema de esta sección: "Noticias abisales de un Dios esquivo y cruel / Impresiones frescas y recientes / de un Paraíso arrebatado a golpes de puño."

Si hay una posibilidad de observar el entorno, esta distancia permite mostrar las "imágenes infames" que provocan la reacción del poeta. El espacio es hostil y degradado; el "ciudadano medio", un hombre que se deja "pisar según la música que le toquen"; el televidente vive atrapado por meras ilusiones; el poderoso, un arrepentido de última hora. En este medio, el poeta es un sobreviviente, y así lo reconoce.

Hay un término cinematográfico que emplea Manuel Silva en uno de sus poemas, fotograma.

Extrapolándolo a la totalidad, puede decirse que cada uno de los poemas —no gozosos— de Palos



de ciego constituye un fotograma, una imagen, de una película que requiere ser vista varias veces para

desentrañarla. Y sólo las buenas películas se ven más de una vez.

1940 MARIANO AGUIRRE